

**INSTITUTO DE ÉTICA Y
POLÍTICA ECONÓMICA**

Director: académico Manuel A. Solanet

EL MODELO SOCIALISTA VERSUS EL MODELO CAPITALISTA

*Comunicación del doctor Raúl E. Cuello,
en la sesión del Instituto de Ética y Política Económica,
el 19 de mayo de 2014*

EL MODELO SOCIALISTA VERSUS EL MODELO CAPITALISTA

Por el Dr. RAÚL E. CUELLO

Introducción

En momentos que asoman nuevamente las tendencias expansionistas en la Federación Rusa, con el objetivo no declarado por su Presidente Vladimir Putin, de restablecer lo que fuera en su momento la URSS es oportuno señalar que la inobservancia de los valores de la democracia y de la economía de mercado constituyeron los elementos centrales para que el 31 de diciembre de 1991, fuera arriada en la Plaza Roja de Moscú la bandera con la hoz y el martillo¹.

Los intentos de Gorbachov de producir cambios por medio de la Perestroika (cambios estructurales para eliminar el exceso de burocracia), de la Glasnost (libertad política para dar voz y voto al pueblo) y la Uskoreníe (agilización del sistema para lograr el desarrollo económico), resultaron tardíos e infructuosos, porque

¹ Otros fueron el desastre en la Planta Nuclear de Chernobyl y la derrota del Ejército Rojo en Afganistán.

el que no daba más era el sistema. Esto es algo que la corriente nacionalista rusa no ha terminado de advertir y, por lo tanto, la geopolítica de Putin está destinada al fracaso.

En mérito a lo anterior, este ensayo es un intento de hacer la comparación entre los dos sistemas económicos el que es y el que no puede ser, en lo que podría considerarse sus bases ideológicas.

Comparación de los modelos

1. Antecedentes doctrinarios.
2. Indicadores de éxito: Eficiencia estática en la asignación de recursos. Eficiencia dinámica. Crecimiento del ingreso nacional bruto. Distribución del ingreso. El caso de la soberanía del consumidor.
3. La solución paternalista.

Antecedentes doctrinarios

El tema del socialismo frente al capitalismo tiene una larga historia en el campo del Pensamiento Económico. Sin duda, el período más rico en el plano de la teoría, es el que comienza con el aporte de Enrico Barone con su artículo “El Ministro de Producción en el Estado Colectivista”², en el que examinó la cuestión vinculada a la posibilidad de reemplazar el mecanismo del mercado por un proceso basado en decisiones centralizadas.

Barone concluyó que, si bien desde el punto de vista teórico la solución era posible, en el terreno práctico encontraría severas dificultades debido a la magnitud de la tarea de compilar infinidad

² Ver en F. Hayek, en *Collectivist Economic Planning*, London Ed. Routledge 1955, págs. 245-290.

de datos y de tomar en cuenta, simultáneamente, los continuos cambios en los coeficientes técnicos de los distintos sectores productivos.

A partir de ese famoso artículo, pueden anotarse distintas corrientes de opinión, entre las que se destacan la encabezada por Von Mises³ que niega toda posibilidad de cálculo económico en una economía socialista en un extremo, y en el otro la que representa el pensamiento de Oscar Lange que, si bien no niega la factibilidad de una economía socialista, pone en duda la solución eficiente del problema fuera del marco de la planificación centralizada⁴.

En general, las críticas que se formulan a la economía con planificación centralizada sostienen que es menos eficiente que la solución que se alcanza con la economía de mercado, debido a la falta de incentivos para los operadores económicos, a la necesidad de un enorme aparato burocrático y a la negación del principio de soberanía del consumidor.

Del lado socialista, los defensores de la llamada “solución de mercado”, alegan que una economía socialista puede funcionar básicamente del mismo modo que la del mercado competitivo, si la producción y las decisiones están descentralizadas al tiempo que el Bureau de Planificación, cumpla la función de establecer los mecanismos de precios, del modo que se realizan en la economía capitalista. En ese caso los precios se establecen sobre un proceso de prueba y error y el equilibrio se alcanza por medio del sistema de balances de demanda y oferta.

El principal exponente de esta corriente es Abba Lerner⁵. Se desprende que este último enfoque, está en una posición inter-

³ Esta posición la expuso en un artículo en 1920, que puede verse también en *Collectivist Economic Planning*, págs. 87-130.

⁴ Papers “On the Economic Theory of Socialism” B. E. Lippincott. Univ. of Minnesota Press, 1938, pág. 62.

⁵ *On the Theory of Socialism. Op. cit.*, págs. 57-129.

media entre la economía de mercado y el sistema de planificación centralizada.

Lerner asume que los gerentes socialistas actúan sobre la base del principio de maximización de utilidades y que se presupone libre elección de los consumidores y de la propensión a trabajar. Sin embargo, admite que la principal diferencia analítica entre ambos sistemas económicos, radica en que, en el socialismo el ahorro y la inversión, como la tasa de interés están determinadas por las autoridades estatales.

La oposición polarizada, respecto de la economía de mercado se encuentra en la corriente de pensamiento encabezada por Maurice Dobb⁶ y Paul Swezzy⁷, que defienden la supremacía de la economía centralmente planificada tal como fue implementada en la ex Unión Soviética.

Debido a que los economistas se han ocupado en construir modelos para llegar a establecer la optima asignación de recursos, no puede dejar de mencionarse a este respecto a Wilfredo Pareto, quien definió al óptimo, como aquella posición en la que se asignan los recursos productivos y a partir de la cual no existe ninguna posibilidad de reasignar recursos sin mejorar la posición de alguien a costo de otro. Dicho de otro modo, que no se puede aumentar la producción de un bien sin disminuir la de otro. Esto no implica que exista un solo punto óptimo en el sistema, sino que con plena ocupación de los factores se alcanza la llamada “frontera de utilidad” dentro de la cual sus infinitos puntos satisfacen el criterio de máxima eficiencia⁸.

En competencia perfecta tal asignación se produce al igualarse los costes marginales de los factores en sus usos alternativos.

⁶ *Readings on the Soviet Economy*, and McNally Ed. Washington DC 1962, cap.11 págs. 89/90.

⁷ Citado por Bela Balasa en *Economic Planning*, Yale Univ. Press, 1959 y en *Socialism*, McGraw Hill, NY, 1949, págs. 35 a 40.

⁸ El original se publicó en 1909 en *Manual de Economía Política*, París, cap. 6.

Pero, debe destacarse que ello no implica que la distribución del ingreso resultante de la producción alcanzada sea deseable, debido que los desplazamientos a lo largo de la frontera de la utilidad empeoran los ingresos de algunos, al tiempo que mejoran los de otros. Esto nos pone frente al hecho que en la economía de mercado la solución óptima difícilmente se corresponda con la distribución óptima, según la preferencia de la sociedad.

Ante esa realidad, ¿cuál es la elección que debe hacerse en un mundo por definición dinámico? La respuesta solo es posible darla cuando se consideran, además de la asignación de los recursos en términos estáticos y dinámicos, otros objetivos como la tasa de crecimiento, la satisfacción del consumidor y la justa distribución de los ingresos. Frente a tal universo de variables objetivas, la evaluación de los sistemas económicos debe hacerse considerando a lo que se han dado en llamar *indicadores de éxito*.

Solo después del estudio particularizado de los indicadores de éxito, se puede arribar a conclusiones que determinen cuál de los sistemas es preferible al otro.

Los indicadores de éxito bajo análisis son: a) eficiencia estática y dinámica en la asignación de recursos, b) crecimiento del producto nacional bruto, c) distribución del ingreso y d) la soberanía del consumidor.

Eficiencia estática y dinámica en la asignación de recursos

La eficiencia estática puede ser definida como la que corresponde a la producción que satisface las preferencias de la comunidad, cuando no existe la posibilidad de aumentar la producción de un bien sin disminuir la de otro bien. Está fuera de discusión que esto puede ser alcanzado en una economía que funciona según las reglas de la competencia. Distinto es el caso cuando se evalúa la

eficiencia estática que corresponde a una economía centralmente planificada donde las decisiones de producir y consumir son “exógenas” a las preferencias de las unidades económicas, sean productores o consumidores.

En términos de eficiencia estática, debe tenerse en cuenta que en un sistema que no está basado en el mercado, el proceso de recoger información constituye una tarea que está a cargo del Bureau de Planificación, con su pesada carga burocrática para ordenar y procesar infinidad de datos, lo cual aumenta los costes de producción independientemente de la productividad marginal de los factores productivos, que en tal sistema no son tomados en cuenta. Además de esto, los planificadores instrumentan los planes de producción y consumo sobre precios que no reflejan escaseces relativas y solo cumplen una finalidad contable que se refleja en el sistema de balances.

Sin duda alguna, el mercado en competencia es una solución mejor en términos de evaluar la eficiencia estática en relación a la solución colectivista. Esto no pretende pasar por alto que existen fallas en el sistema de mercado competitivo y ellas son: a) la presencia de monopolios que producen sobre la base de criterios que no maximizan el bienestar social y b) la interacción entre productores, entre consumidores o entre los unos y los otros, que llevan a la presencia de deseconomías y economías externas y c) que el mercado no es eficiente para proveer la oferta de bienes sociales, los cuales por su propia naturaleza solo pueden ser ofrecidos por el Estado a través del Presupuesto.

Desde un punto de vista más amplio, existen fallas del mercado cuando se considera la incertidumbre y la inconsistencia relacionadas con las expectativas, la inercia, la resistencia al cambio y la información imperfecta. Todo esto permite afirmar que, si bien la solución competitiva es mejor que la socialista planificada, dista de ser perfecta puesto que no lleva a la utilización plena de los recursos productivos, al menos en términos de *eficiencia estática*.

La *eficiencia dinámica* se relaciona con las posibilidades de crecimiento abiertas a la economía y está representada por la tasa potencial de crecimiento del PBI alcanzable por diferentes sistemas económicos bajo el supuesto de igual dotación de recursos y tasa de ahorro. Hay en este caso un amplio campo de desacuerdo respecto a si la solución socialista es superior a la capitalista. Hayek expresó que “una alta tasa de crecimiento puede ser alcanzada en el sistema de libre empresa, si se asume que la misma restricción que se opera en el consumo en Rusia, es causada por la tributación y cuya recaudación se deja a la industria para que efectúe inversiones”. La conclusión contraria la exponen Dobb y Sweezy cuando afirman que “uno puede imaginar que en una economía dinámica la centralización de la inversión puede conducir a menores errores que en la asignación competitiva”⁹.

Shumpeter argumenta que en las grandes empresas productoras el progreso se produce automáticamente porque la “innovación se reduce a una tarea rutinaria” y se mantiene así independientemente que los asalariados no se interesen en el progreso técnico. Pero su argumento destaca que en la economía de mercado, el progreso también puede ser “ralentizado” como en la economía centralmente planificada. En efecto, las innovaciones de ciertas firmas pueden encontrar resistencias en otras por la existencia de trabas legales o ilegales, habida cuenta del stock de inversiones no amortizadas.

En el caso de las economías emergentes el efecto externo es relevante. Las inversiones en infraestructura no son rentables para las empresas privadas, aunque sí lo sean desde el punto de vista de la productividad general y de sus efectos sociales. Inversiones de este tipo deben ser hechas por el Estado para generar economías externas a las firmas. Este es un caso de claras ventajas de planeación centralizada, pero restringida a fines de destrabar obstáculos al crecimiento.

⁹ *On The Theory of Socialism... Op. cit.* Págs. 41-54.

No obstante su eficiencia dinámica, *todo sistema económico puede alcanzar una mayor tasa de crecimiento* por medio del incremento de su tasa de ahorro o a través de un involuntario incremento de su fuerza laboral.

Debido al énfasis que se pone sobre la tasa de crecimiento, no hay que confundirlo con que sea “el único indicador de éxito” a punto tal que un autor como John Kenneth Galbraith¹⁰ expresó que tal visión es “tan tradicional como irracional”. Por lo tanto sin abrir juicio de valor, es conveniente puntualizar qué elementos influyen sobre la tasa de crecimiento.

Crecimiento del Producto Nacional Bruto

Para establecer bases comparativas en relación a la *tasa de crecimiento*, debe mencionarse en primer lugar, que el ahorro en una economía libre es determinado por las preferencias de los individuos y las empresas. En una economía socialista son los planificadores los que deciden qué parte del PBI será dedicado a la inversión. Es por lo tanto posible que en el Estado socialista se aumente el ahorro tanto como se desée. Si el mismo esquema fuera trasladable a una economía de mercado, el límite al nivel del ahorro agregado estaría dado por la presión impositiva que recae sobre la sociedad y, por ende, a reducir el nivel de consumo presente.

No obstante, debe tenerse presente que es erróneo creer que el aumento de ahorro forzado por las autoridades sea un sacrificio de la generación presente para beneficio de la generación futura. Puede demostrarse que bajo determinados supuestos, la decisión centralizada de aumentar el ahorro puede mejorar el bienestar de la generación presente debido a que existe un efecto complemen-

¹⁰ *The Affluent Society*, Boston, 1958, (hay versión en castellano).

tario con la inversión por vía de salarios y empleos nuevos. La cuestión es naturalmente distinta en una economía planificada, donde la inversión es usada menos productivamente que en una economía de mercado.

El tema vinculado con la tasa de ahorro y la tasa de crecimiento en ambos sistemas, ha sido analizado por Hayek que concluye que es necesaria alguna clase de “función de preferencia” para determinar la combinación óptima de ambas variables. A esta conclusión llegó planteándose el siguiente interrogante: si en una economía socialista la tasa de ahorro es del 20% y la tasa de crecimiento es del 6%, mientras que en una economía libre la tasa de ahorro es del 10% y la tasa de crecimiento es del 4%. ¿Cual de ambas combinaciones es mejor? ¿Frente a tales valores cómo decidir sobre los pro y contra de los dos casos considerados?

Finalmente, la autoridad planificadora no consideraba las preferencias individuales entre ocio e ingreso al forzar un incremento del trabajo ya sea por mayor número de horas en la jornada laboral o por la presión ejercida al disminuir el salario real lo cual hacía que en el núcleo familiar, aumentara la cantidad de quienes trabajan. De tal manera, mayor crecimiento de la economía se asociaba con menor tiempo al esparcimiento, al descanso y en definitiva con menor bienestar individual y social.

Al hacer las consideraciones precedentes se ha mencionado el rol central que en el análisis debe tener las preferencias de la comunidad, lo cual significa en el sistema de mercado la preferencia es la de los consumidores y en el sistema de planificación centralizada, la preferencia es la de las autoridades.

De esta manera, al evaluar la satisfacción de los consumidores puede no hacerse ninguna distinción entre ambos sistemas ya que lo relevante deja de ser *quiénes* deciden sobre este objetivo de la economía para pasar a ser *cómo* y de *qué manera* es alcanzado.

Si ambos sistemas alcanzan el mismo grado de eficiencia sea ésta estática o dinámica y la misma tasa de crecimiento, puede

conceptualizarse como el mejor de ellos el que tenga a la *soberanía del consumidor* como un objetivo. Si esto fuese así, tres son los factores que contribuyen a ese fin: a) que la producción esté en línea con las preferencias individuales, b) que la tasa de ahorro efectiva sea igual a la tasa de ahorro deseada por los consumidores y c) correspondencia entre la oferta de trabajo con las preferencias de los trabajadores entre ingreso y ocio.

El nivel de satisfacción de los consumidores puede visualizarse por medio del estándar de vida de la población. En este orden de ideas, debe considerarse no solo que la cantidad de bienes producidos sean los demandados por los consumidores, sino que además debe tenerse en cuenta el ocio, considerado como un tercer bien. Es al evaluar la soberanía del consumidor como un indicador de éxito, cuando surge con mayor claridad la ventaja del sistema basado en la economía de mercado competitiva sobre la economía centralmente planificada.

Distribución del ingreso

En referencia a la *distribución del ingreso* cabe recordar que, de acuerdo con el óptimo de Pareto, la eficiente asignación de recursos una vez alcanzada la frontera de las posibilidades abiertas a la economía, permite cambios distributivos conforme los deseos de las autoridades económicas, por medio de sumas fijas que se transfieren entre individuos y se financian a través del presupuesto. Pero esto dista de ser así en la realidad por dos razones, primero porque el esquema de transferencias de sumas fijas es impracticable y además afecta a la eficiencia. Es que, se trate de impuestos de suma fija o de subsidios según sea el caso, el efecto resultante es afectar la distribución del ingreso y por lo tanto las propensiones a trabajar y a invertir en lo inmediato y en períodos siguientes, lo cual afecta la eficiencia dinámica del sistema.

De este modo puede concluirse que medidas tendientes a mejorar el Estado de Distribución tienen efecto negativo en los otros indicadores de éxito, pero esto no puede llevar a desconocer que el Estado de Distribución es otro de los indicadores de éxito, aunque con una diferencia significativa y esta es que, al contrario de los otros indicadores, requiere de un juicio de valor respecto a cuál es el Estado de Distribución deseable. Y a este respecto no existen diferencias entre los sistemas económicos en consideración.

Ahora bien, ya expuestos los que pueden considerarse indicadores de éxito que sirven de comparación a la economía de mercado y al sistema de planeamiento centralizado, surge al analista la necesidad de establecer una escala para medir sobre qué bases estos indicadores deben ser ordenados.

La pregunta que de inmediato surge a este respecto es: tal escala, ¿las preferencias de quiénes debe reflejar? ¿Serán las basadas en las decisiones de los individuos actuando libremente o serán las basadas en una autoridad política que esté por encima de las preferencias individuales?

La soberanía del consumidor

Considerando en primer lugar el caso de la solución individualista, puede ello significar dos cosas: la primera que los individuos sean libres de elegir entre los bienes disponibles y la segunda que los individuos sean capaces de guiar las decisiones de producir, por medio de la demanda que hagan de los bienes de consumo.

Ciertamente aquellos que prefieren la solución de mercado están de acuerdo con este principio porque es una manifestación de libertad y rechazan la solución basada en las decisiones del “Bureau de Planificación”. Las decisiones de los individuos

implican una votación permanente a través del mercado que responde a “qué, cómo y para quién producir”. En todo caso, debe considerarse que la soberanía del consumidor se expresa a través de un determinado estado de distribución y si este no es justo, el principio tiene una validez relativa porque reflejará la inequidad distributiva.

Además, las preferencias de los individuos están o pueden estar distorsionadas por factores exógenos, tal el caso de la publicidad, de modo que en última instancia es lícito preguntarse por las preferencias de quien considera el sistema económico, ya que aparecen instancias que distorsionan las preferencias individuales por los cambios en la moda, los gustos, etc. La demanda no es un factor independiente de modo que en determinadas circunstancias, aun en la economía de mercado competitivo, se hace necesaria la intervención estatal para corregir desvíos y ofrecer bienes que no son producidos por el sector privado.

Este último es el caso de los bienes de consumo colectivo en los cuales por su propia naturaleza, las preferencias no se revelan y el sistema de precios no puede actuar como mecanismo asignador de recursos y rentas, como es el caso de la justicia, la educación, la defensa, calles y parques como manifestaciones más conocidas¹¹.

Sobre la base de los argumentos citados y otros que podrían agregarse, como es el caso del consumo temporal presente versus el futuro, se puede concluir que la soberanía del consumidor en su versión teórica pura, no sirve al propósito de evaluar a los sistemas económicos, por lo cual queda por ver seguidamente, las características que este indicador tiene bajo la solución autoritaria.

¹¹ K. Galbraith. *Op. cit.* Pág. 224.

La solución paternalista

En el sistema de planificación centralizada se asume que las autoridades conocen las necesidades de las personas y de la sociedad, mejor que cualquier integrante de la misma. En estos términos las autoridades aparecen como omniscientes y omnipotentes. Siendo esto así, ¿qué necesidad se tiene de conocer las preferencias de los individuos expresadas por ellos mismos si el Estado es quien ha de dar la respuesta? A este respecto, Lerner destacó el carácter antidemocrático de este sistema y su total incompatibilidad con los ideales de un verdadero sistema socialista.

Llegado el momento de establecer alguna conclusión respecto de la preferencia por el sistema de mercado competitivo y el de la planificación centralizada, aparece como difícil ser concluyente respecto de los considerados *indicadores de éxito*. En una primera aproximación porque resulta prácticamente imposible construir una *escala de preferencias* que proporcione el criterio para asignar la prevalencia de cada indicador en cada sistema, fundamentalmente porque las realidades de cada uno de ellos los aparta sustancialmente del planteamiento teórico.

Es posible admitir que dadas determinadas condiciones alguno sería superior en un sistema y algún otro inferior. La diferencia sustantiva se encuentra en las consideraciones extraeconómicas. Por ejemplo un gobierno dictatorial como el de Stalin se mostró dispuesto, y así procedió a sacrificar vidas y el bienestar de varias generaciones por conseguir supremacía militar en el orden mundial. En este caso la eficiencia del sistema de precios que se elija cede frente a consideraciones políticas que no consideran el bienestar de los ciudadanos y todo lo subordinan a la geopolítica.

La ventaja del sistema de mercado competitivo radica en el grado de libertad que para producir y consumir tienen los integrantes de una sociedad, pero esto no debe llamarnos a engaños, porque el acceso al poder de grupos de intereses, han de instru-

mentar las herramientas de política económica en función de objetivos que no atienden al interés general.

El hecho que en el mundo la distribución del ingreso presente la regresividad que se observa en la mayoría de las naciones, revela que el sistema económico no produce según las necesidades de las mayorías, sino según los intereses políticos de los gobiernos y los grupos afines a ellos. La excepción a esta regla se encuentra en los países nórdicos, en Canadá, Australia y Nueva Zelanda, que son precisamente los que se destacan por estar en un camino intermedio entre la economía de mercado competitiva y el sistema de planeamiento autoritario. El modelo que allí se aplica es una mezcla de capitalismo en la producción con distribución propia del socialismo. China después de Deng Ziao Ping está transitando por ese camino, pero le falta mucho para llegar a la meta.

El verdadero desafío es tratar de compatibilizar los valores de la democracia con los principios de la economía competitiva, algo que con lucidez expuso hace poco más de 150 años Juan Baustista Alberdi y plasmó en la Constitución Argentina.